

AUTORRETRATO

Irene Blasco Grau



La profesión del ilustrador es sin duda vocacional. Y yo tenía la vocación, dormida, pero allí estaba, hasta que hace unos pocos años, husmeando en una librería despertó, de golpe y sin permiso. Sentí urgentemente que tenía que ser ilustradora. Es más: ¿cómo había soportado todos esos años sin serlo? Yo también quería contar historias con imágenes, poner boca, nariz y ojos a personajes sin rostro, crear mundos particulares suspendidos en algún lugar de mi imaginación. Quería jugar a ser un dios travieso y colorista.

He tenido la suerte de poder disfrutar de una importante (y caótica) biblioteca familiar, fruto de la pasión de unos padres librereros y por supuesto tremendamente lectores, en la que además de literatura, poesía, ensayo, no faltaban enciclopedias de arte. Velázquez, Goya, Caravaggio, Matisse, Modigliani, Bor-

ges, Dumas, Magritte, Dalí, Verne, Kafka, Pla, Stevenson, Asterix y Obelix, las aventuras de Guillermo Brown, Picasso, Tintín, Italo Calvino, *Alicia en el país de las maravillas*, Toulouse Lautrec... nutrieron mis años de niñez y juventud.

Ya independizada, una buena parte de mis irregulares ingresos como diseñadora industrial los he ido dedicando a crear mi propia biblioteca. Álbumes ilustrados, cómics, cuentos que ya leí en mi infancia y olvidé con los años, libros de arte, de diseño, de fotografía... Los miro y remiro, a ver si algo se me pega. Schiele, Kieffer, Balthus, Nabokov, Roth, Lucien Freud, Hoffmann, Courbet, Horst, Cartier-Bresson, Blossfeldt, Brassai, Penn, Beaton, los dibujos de arquitectura parlante, sobre todo, los de Lequeu, Dix, los retratos de Casas, los carteles de películas de los años 30-40, los primeros electrodomésticos, Shaun Tan,

Ana Juan, Dautremer, Turkowski, Helga Bansch, Odriozola, Villamuza, Segovia, Fanelli, Auladell, Cabassa, Carrasco, Herbauts y muchos otros fantásticos ilustradores, el cine italiano de los 50, y el francés de los 60, *Cantando bajo la lluvia*, las carátulas de discos de jazz de los 40 y 50, los ukiyo-e japoneses, las fotos antiguas... y el jazz de fondo.

Ojala pudiese descubrir algún día una mínima huella de todo esto en mi trabajo.

Pero a veces las influencias no son tan difíciles de reconocer. Uno de mis libros favoritos de niña, fue *Otto es un rinoceronte*. No recuerdo el autor, ni la editorial. El libro, manoseado y amarillento, lo perdí en alguna de mis últimas mudanzas. Un niño se encuentra un lápiz que resulta ser mágico y el enorme rinoceronte amarillo que pinta en la pared del salón de su casa cobra vida. ¿Y si, al despertar, la coqueta jirafa con tacones y collar de perlas que pinté anoche se estuviese marcando un *boogie boogie* en mi estudio?

Bibliografía

Como autora e ilustradora:
Rita, la lagartija, Valencia: Tàndem, 2006. Ed. en catalán — *Anna, la sargantana*—.

Como ilustradora:
Jaume, Nooman i la furgoneta de 77.777, de Vicent Pardo, Valencia: Tàndem, 2005.

Fu, el tigre despistado, de Manuel L. Alonso, León: Everest, 2006.

Hi havia una vegada... Els contes de sempre, Vic (Barcelona): Eumo Editorial, 2008.

Sara y los traperos, de Franklin Secco, Madrid: Bajoelalma, 2008.